

MUJERES EN LA CIUDAD

La historiadora francesa Michelle Perrot, nacida en París en 1928, quien es una de las más importantes especialistas en historia de las mujeres y en historia de las clases y que incluso produce y presenta el programa de radio “Les Lundis de l’Histoire” para France Culture y quien además es miembro del “Conseil national des programmes”, del “Conseil national du sida” y del “Comité de parrainage” de la Coopération française pour la Décennie de la culture de paix et de non-violence; ha sido además profesora de la Sorbona y hoy es profesora emérita de la Universidad París VII – Denis Diderot, universidad en la que ha desarrollado las investigaciones sobre la historia de las mujeres que hoy ocupan un lugar destacado entre los sectores más fecundos de la historiografía francesa.

Ella nos presenta la obra *Mujeres en la ciudad*, que aquí reseñamos. En ella, nos habla de las asimetrías que hay entre los conceptos de mujer pública y hombre público. Depravada, perdida, lúbrica, venal, la *mujer pública* es una “criatura”, una mujer común que pertenece a todos. Por su parte, el *hombre público*, es un sujeto eminente de la ciudad que debe encarnar el honor y la virtud.

Pero para llegar a una comprensión más holística de lo que las mujeres representan en el espacio público, se hace necesario distinguir entre éste y el espacio privado. La “esfera pública” nos habla de los derechos y deberes que dibujan una ciudadanía; en consecuencia, el “espacio público” es la ciudad, el espacio en donde hombres y mujeres se encuentran. El lugar de las mujeres en el espacio público siempre fue problemático, por ejemplo Pitágoras decía “Una mujer está siempre fuera de lugar en público”. Pero un lugar en el espacio público de la mujer está asociado a la sexualidad, la mujer nocturna es sexual, como la privada, pero la pública espanta, porque desencadena las fuerzas incontrolables de deseo.

En las sociedades que piensan lo político existe una división razonable de los roles, las tareas y los espacios sexuales. La Revolución Francesa, como un parteaguas, reformula y funda el espacio público contemporáneo. Lo público y lo político para los hombres, como su santuario. Lo privado y su corazón, la casa, para las mujeres. Sin embargo las mujeres deben transitar inexorablemente en el espacio público y los hombres son los dueños de lo privado, especialmente de la familia. ¿Cómo resolver la paradoja?

La historia de las mujeres se dedicó primero a describir sus roles privados, deteniéndose en ellas allí donde estaban. Este trabajo busca a las mujeres en el espacio público, porque allí han estado también. La ciudad es una necesidad, más que un placer, sin embargo, la representación de la mujer es omnipresente en la monumentalidad urbana del siglo XIX. Pero también está presente como esta mujer pública, se les ve en el burdel, entendido como un espacio popular, o desde antes, como la cortesana. Estas mujeres tienen como característica la ostentación de lujos, son mujeres idealizadas, idealizantes, las “grandes horizontales”

Sin embargo, las mujeres en el siglo XIX se mueven, aparecen espacios de sociabilización femenina en la ciudad, sobre todo en las clases “altas” como las grandes tiendas, los salones de té, la Iglesia. Pero en las clases populares también las vemos en la calle, en el mercado, el lavadero. El hombre está siempre “fuera” de estos espacios, pero no por una prohibición, ellos podían estar ahí, pero no le atraía hacerlo. En contraste, ciertos comportamientos estaban prohibidos para las mujeres en los espacios públicos con respecto a la vestimenta, les era prohibido fumar, llevar el cabello suelto y circular por la calle de modos determinados. Los lugares de las mujeres son el pórtico, el balcón, la ventana, como espacios que prolongan la casa. Esta es la imagen de la mujer “soñadora” que sea “asoma” al mundo sin ir más allá. Hoy se vive aún más aislado, el espacio público hoy es más de circulación que de intercambio, como lo ha explicado Augé.

La conversación es un espacio también propicio para la mujer. La conversación, según Marc Fumaroli, crea “un espacio de juego que posibilita los *repons* entre voces femeninas y masculinas y convierte el ingenio en punto perfecto de encuentro”. Pero la conversación como expresión privada se opone a la expresión oratoria. La palabra pública es mucho más organizada, reglamentada, inserta en lugares, en un estilo. En la expresión pública también está la mujer, pero como receptoras cautivas de la expresión pública en la tribuna política y la Iglesia. Sin embargo, ya desde el siglo XIX vemos mujeres con acceso a la palabra pública como Jeanne Chauvin, la primera abogada admitida en El Colegio de Paris en 1895, Marguerite Durand, María Vérone, Louise Weiss, Yvonne Netter y Adelheid Popp quien en *Les années de jeunesse d'une ouvrière* (1909) narra su lenta penetración en el Partido Socialista Austriaco, misógino, y sus dificultades para expresarse.

La consecuencia siguiente de la llegada de la mujer al espacio público fue su adquisición del carácter de ciudadanas. Antes no eran individuos, sino miembros de la familia, “pasivas”, pero con la Revolución Francesa adquirieron derechos civiles insuficientes y derechos cívicos nulos, pero sí un estatus civil que antes no tenían. Mientras se construye el parlamentarismo con resistencia se abren los espacios para las mujeres. El periodismo fue un lugar de participación femenina. Las mujeres se abren con dificultad espacio en la boyante prensa francesa, comienzan a escribir en periódicos en Gran Bretaña, Francia e Italia, surgen revistas femeninas muchas veces con temas considerados puramente femeninos. Éstas también servían como tribuna de expresión con temas de interés general. Hacer revistas se convirtió en un modo de expresión del feminismo en toda Europa.

Entre ellas encontramos *Le journal des dames*, siglo XIX, que fue un centro de conciencia femenina, *Le journal des demoiselles*, siglo XIX, *La femme libre*, 1832, *La femme nouvelle*, *La Tribune des femmes*, *La Voix des femmes*, 1848, Paris, después llamada *L'Opinion des femmes*, *Frauenzeitung*, de Louise Otto, Leipzig, cuyo lema era: “recluto ciudadanas para el reino de la libertad”, *La Solidarité*, de Marie-Georg Pucholin, Ginebra, *La Donna*, de Anna María Monzoni, *Le Droit des femmes*, de León Richer y María Deraismes, *La Fronde*, 1897-1905, de Marguerite Durand que entre 1897 y 1903 fue un diario y desde 1903 hasta 1905 fue una publicación mensual.

Empero, hay antecedentes de participación femenina en el periodismo, a veces ocultas bajo pseudónimos masculinos, a veces bajo la tutela de maridos o benefactores. El ejemplo más claro es Séverine, que fue la primera periodista de tiempo completo y vivió exclusivamente de este oficio, no fue la primera en ser periodista pero sí la primera en ser exclusivamente periodista.

El trabajo femenino, por su parte, progresa en el siglo XIX, sobre todo en Francia, siendo una razón la educación de las mujeres. En los países protestantes (Inglaterra, Alemania y los países de Europa del Norte) se favorecía mucho más la educación de las hijas, que en los países católicos. En Francia los programas educativos fueron mixtos hasta 1924 y se obtiene la igualdad numérica entre 1950 y 1970. Los primeros oficios para mujeres fueron institutriz, bibliotecaria, preceptora, enfermera (pero no así médicos).

En este respecto el derecho al voto fue otro asunto conflictivo. Francia es tardía en permitir a la mujer acceder a derechos políticos, el mundo anglosajón tuvo una madurez

mayor en este aspecto. El acceso al poder político era para mujeres excepcionales y suelen acceder a él por una situación de ruptura, los modelos de paridad aún están en construcción.

En la milicia hubo una menor resistencia a su ingreso, lo que ha permitido la feminización del ejército. Hay profesiones femeninas en el ejército y ellas logran acceder a rangos militares. Es la religión el espacio que opone mayor resistencia a la participación pública de la mujer. Hay en las grandes religiones monoteístas una “valencia diferencial de los sexos”.

Estos cambios tuvieron su consecuencia en los movimientos feministas de los setentas y ochentas que hoy pierden impulso, sufren erosión y fracturas. Pero finalmente, Gracias a la solidaridad, el espacio público de las mujeres debe ser sin límites.

Jonatan Gamboa

PERROT, Michelle, 1997, *Mujeres en la ciudad*, Santiago, Chile, Editorial Andrés Bello.